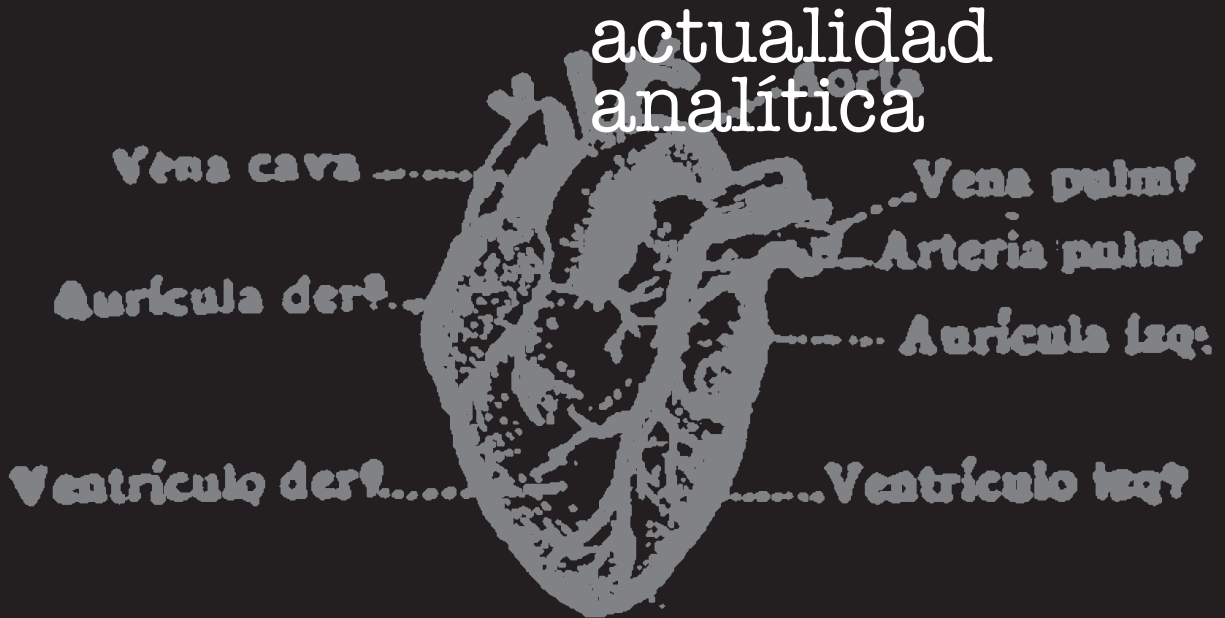


actualidad  
analítica



Corazón.



#

el psicoanálisis  
debatiéndose  
con la iniciación

Guy Le Gaufey

Corte del Corazón.

Traducción:  
Amelia Castañola y José Assandri

---

¿Qué es lo que más incita a pensar que el análisis sería, a su modo y en su estilo, una iniciación? *Lo cerrado del lugar en donde el iniciado sería recibido, o esperado por sus pares.* Si se afirma un tal cerco –o simplemente se tolera la perspectiva– la cosa queda resuelta: sí, el análisis es efectivamente una iniciación, es evidente. La obligación de llevar a cabo un análisis con alguien que haya hecho ya ese recorrido (eso elevado desde el vamos al rango de “segunda regla fundamental”), la jerga cada vez más espesa, la idea de una prueba costosa en tiempo y en dinero, el secreto que rodea el encuentro analítico y la ignorancia en cuanto a lo que ahí sucede efectivamente, todo está pronto para sostener la idea de una práctica esotérica, reservada a un pequeño número de personas que muy rápido se reconocerían, al punto de despedazarse entre ellos, más allá de la cuenta.

---

---

Eso se espesa aún más cuando se llega a las cuestiones prácticas. No tanto a “¿cómo se vuelve uno psicoanalista?”, o “¿qué es un psicoanalista?”, si no más bien: “¿cómo se hace para tener analizantes?” puesto que no existe aún ningún título que esté garantizado por nadie en condiciones de hacerlo con algo de seriedad. Cada uno en esa posición inicial debe pues librarse a ese peligroso ejercicio que consiste en hacerse pasar, con cierta verosimilitud, por lo que muy bien sabe no ser... aún: un analista. La falta de título oficial presenta, en este punto, algo auspicioso que es el obligar a comenzar ese recorrido de la verdad por un engaño grande como una casa, un “bluff” de primera, de manera que el “coming out” del analista tiene lugar muy a menudo entre Lemberg y Cracovia: *por qué no me decís que sos psicoanalista, de manera que yo mismo termine por pensar que lo sos (puesto que no hablás más que de eso), cuando en verdad... ¡no lo sos! En fin... ¡no todavía!*.

Es así, que muy a menudo, eso suele declararse en una chicana que revela la falta de escalón final en lo que, desde el principio, podría muy bien pasar por una iniciación: en el momento de serlo y de decirlo, el enunciado se escapa, y deja a aquel o a aquella que iba a hablar en primera persona... sin palabra. El “soy psicoanalista” no funciona, y deja más bien sobrevolar una duda inoportuna; no, decididamente, en este punto, más vale que otro se ocupe de decirlo. Que otro enuncie, o signifique, o deje creer que alguien está en posición de recibir pacientes, o incluso, a veces, se los envíe. Alcanzaría entonces que este otro esté situado como no pudiendo él mismo no ser analista para que la cuestión de la iniciación se cierre de nuevo favorablemente: sólo los analistas estarían en posición de saber quién es analista y quién no.

Es precisamente ese punto que Lacan atacó desde 1967 con su “Proposición sobre el psicoanalista de la escuela”. Hoy no intentaré establecer si esta proposición fue coronada por el éxito o no. Me alcanza con saber que tomaba de contragolpe numerosas iniciativas que apuntaban entonces a la “obtención del título de psicoanalista”, todas las cuales se regulaban, aunque de manera diversa, a partir de un reconocimiento directo y exclusivo de “pares” ya introducidos en plaza.

Inversamente, Lacan insistía en esa misma línea con el hecho de que si, indudablemente, hay “algo de” analista<sup>1</sup>, mucho más difícil

1 “Hay paladas” exclamó un día, sin demasiada ironía, a la salida de una presentación de enfermos en Sainte-Anne.



2 Es el ejemplo favorito de los gramáticos tratando de explicar el partitivo, pero es también un término con fuertes implicancias religiosas: del milagro de la multiplicación de los panes a las exégesis sabias del “Este es mi cuerpo”, el pan está en todos los momentos críticos, por lo tanto central en la cuestión de la referencia en la cultura cristiana (y juevocristiana). O si no, a menudo, es el hombre el que es tomado como referencia. Como en esta cita de Gide, extraída de *Retorno de la URSS*: “A primera vista el individuo se funde acá en la masa, está tan poco particularizado que parecería que se debería, para hablar de las personas, usar el partitivo y no decir en absoluto: des hommes, mais de l’homme”.

[2] (NdeT) Mantenemos aquí la expresión en francés para hacer más patente la dificultad de traducción del partitivo. “Algo de...” suele ser la manera más comúnmente utilizada para traducir el artículo partitivo francés, inexistente como tal en castellano. Semejante a “un poco de, algo de”, el artículo partitivo acompaña a sustantivos (como complemento directo) que no son numerables, para designar que se trata de parte de dichos sustantivos. Una de las particularidades del partitivo es que la parcialidad que designa contiene, supuestamente, los elementos de aquello de lo cual es extraída. El ejemplo favorito de los tratados de gramática franceses, al cual Le Gaufey hace referencia en esta nota, “manger le pain” / “comer el pan” versus “manger du pain” / “comer pan”, muestra que un bocado de pan contiene los elementos que permiten distinguir que se trata de pan. Cabe notar que el artículo partitivo a menudo se traduce al castellano por una omisión.

3 Lo más simple sería pensar que hubo un principio en el que

de sostener es que haya algún Uno, sea donde sea. De creerle, la individuación del analista se desliza fuera de la captura conceptual que querría apropiárselo, como si este analista nunca existiera realmente más que en sentido partitivo, en calidad de pedazo – pero, ¿pedazo de qué? ¿No sería bienvenida una pizca de reflexión gramatical para apreciar en su justo valor esta súbita importancia del partitivo?

¿Qué diferencia se puede hacer entre “un pan” y “algo de pan”?  
2[2] Muy pragmáticamente, no parece absurdo decir, guardando todas las proporciones, que uno se las ve con “un pan” cuando hay cáscara todo alrededor, y con “algo de pan”, cuando tal no es el caso: un pancito es *un* pan, mientras que una gran rebanada de pan, es *algo de* pan. El partitivo exhibe así, con menor o mayor ostentación, la traza del corte gracias al cual advino tal. El pedazo de pan, torpemente partido, o la rebanada finamente cortada, bien pueden secarse y endurecerse, no serán por ello menos partes de un conjunto más vasto al que pertenecieron, sin que se sepa bien, por otra parte, si este elemento anterior era antes ya “un” pan o “algo de” pan, puesto que el partitivo no dice en sí mismo si proviene de un ser ya parcial, o al contrario de un ser tomado en su enteridad<sup>3</sup>.

Sería así entonces para el analista como para el pan (en referencia a *La carta robada*<sup>4</sup>). Aunque se estime siempre posible darle toda la vuelta y ver ahí un individuo (es así con cualquier pedazo de pan), no valdría más que por la falta de cáscara aquí o allá, y sería precisamente eso que, en la perspectiva abierta por Lacan con su *Proposición*, permitiría vislumbrar que una de las raras calificaciones exigibles consistiría en el hecho de que el impetrante<sup>5</sup> no esté ya demasiado encostrado, que lleve aún viva huella del corte que lo habrá hecho advenir al partitivo.

¿En qué esta perspectiva –un poco demasiado idílica así enunciada– pone en la mira la cuestión, bastante pantanosa, de la iniciación? En que ella nos introduce en el punto mismo del abrochamiento, ahí donde se podría decidir si el analista es un iniciado, o no. Si soltamos el partitivo aceptando bondadosamente que el analista es en efecto *un* analista, entonces tendremos muchas dificultades para resistir a esa pendiente enjabonada de la transmisión según la cual, de manera tan obstinada como la duplicación de un

filamento de ADN, sería siempre lo mismo que produciría lo mismo, lo autorizaría, lo reconocería y lo calificaría. Si al contrario nos detenemos a tomar la imposible medida de ese partitivo que Lacan introdujo respecto al analista, nos encontraremos quizás un poco mejor armados para mantener a distancia la iniciación ambiente.

Ella se infiltra con la más desarmante facilidad, de la cual no daré más que tres breves ejemplos, que muestran hasta qué punto el pase puede ser tomado como la prueba de cierre por la cual la iniciación individual se termina y se confirma como tal, o bien, para aquellas y aquellos que no quieren oír hablar de ello, hasta qué punto se encarnizan a veces en querer fabricar un lugar donde no habría más que psicoanalistas. Así, en el número 49 de *Ornicar?*, se puede leer un copete en letra cursiva anunciando tres textos llamados “clínicos”:

Los tres primeros textos dan testimonio de fines de análisis debidamente homologados por la Asociación Mundial de Psicoanálisis; sus autores han sido nombrados Analistas de la Escuela luego de un procedimiento especial, el pase, que se inspira en las prescripciones de Lacan.<sup>6</sup>

Esta concepción del pase, como prueba calificatoria por medio de la cual se terminaría un recorrido largo y peligroso, encuentra un innegable éxito –tanto más fácil de entender en cuanto se adapta con facilidad a esta forma dominante de la narrativa que es el relato iniciático. Basta en efecto el primero de los tres textos que, en cuatro páginas y media, pone en escena “una asunción de la castración como una necesidad, ni triste ni horrorosa”, expresión que respira el alivio resolutivo y la serenidad temperada tan característica de los iniciados coronados: “hay que pasar por ahí para vivir.”<sup>7</sup>

Más claramente aún, el diario *Le Monde* publicaba, en su edición del 28 de agosto de 1996, un artículo sobre la tauromaquia para saludar la aparición de una nueva especie en el ruedo: la primera mujer matador. Esta, la ya famosa Cristina Sánchez, acababa de realizar con éxito la primera parte de su “alternativa”, el 25 de mayo del mismo año, en Nimes (esperando la indispensable consagra-

había “un” pan. Es por ejemplo la posición de Freud en *Totem y Tabú*, en lo que concierne a la procesión de los padres.

4 (NdeT) En francés, juego de homofonía entre “Dupin”, protagonista del cuento de E. A. Poe y “du pain”

5 (NdeT) El que solicita una facultad, una licencia o una gracia.

6 *Ornicar ?*, n° 49, Agalma-Le Seuil, Paris, 1998, p. 53.

7 *Ibid.*



ción madrileña). ¿Qué es una “alternativa”? Antes de cualquier explicación técnica, el periodista presentaba así la cosa:

Es el equivalente del adobamiento en caballería, de la tesis universitaria o del “pase” en psicoanálisis.<sup>8</sup>

Por último, de manera más simpática al principio, se ha visto a algunos psicoanalistas buscando subsumir sus inevitables diferencias en una unidad superior de un “orden” que habría encontrado su apoyo en algo así como su Mínimo Común Múltiplo. ¡Lástima! Apenas formulado bajo la forma de una carta con ambiciones en efecto muy mínimas, el MCM se transformaba en el MCD: aún reducido a una especie de mínimo funcional, el lugar donde no se habrían encontrado más que psicoanalistas seguía escabulléndose.

Tanto en lo que concierne al elemento como en lo que concierne al conjunto, es necesario entonces volver al partitivo: ¿en qué se revela reacio a la conclusión iniciática que parece abrazar tan bien al intento analítico? Precisamente en que arriesga una apuesta sobre la individuación y la identidad, tanto en lo que concierne al *cierre del grupo psicoanalítico*, como al *defecto constitutivo de individuación del psicoanalista como tal*. Debido al hecho que cada psicoanalista no es más que apenas *uno* (esto no es en absoluto un juicio cualitativo sobre lo que hace o no hace), no se llega a juntarlos, por más trabajo que uno se tome.

Es aquí que el paradigma iniciático entra de nuevo subrepticamente en juego para meterse en ese rincón, esa brecha, con la misión secreta de combatirla activamente: a pesar de su diversidad, la iniciación describe en efecto el pasaje ordenado de un estado de incompletud (debida a la ignorancia o el inacabamiento), a un estado en el cual una identidad, ausente al comienzo, es finalmente conquistada. Esta iniciación, mantenida deliberadamente en la vaguedad, es por excelencia un operador de individuación, asegurando al mismo tiempo una mayor consistencia al individuo, que va a la par con su inscripción en un grupo homogéneo, donde todos y cada uno comparten la misma colección de rasgos obtenidos durante el recorrido de formación, que se espera en efecto “debidamente homologado”.

---

<sup>8</sup> Francis Marmande, *Le Monde*, 28 août 1996, “L’alternative de Cristina Sánchez”.



Una de las grandes originalidades de la enseñanza de Jacques Lacan habrá sido la de producir una noción de “parcial” sin equivalentes directos en el saber contemporáneo, aún cuando buscándolo bien, se le podría encontrar alguna parentela. Y es por haber elaborado este valor original del parcial, que pudo hacer valer el partitivo de esa manera en relación con el análisis. La originalidad de este parcial puede decirse en pocas palabras: se trata de fundar la existencia de algo que no tomaría ningún apoyo sobre una totalidad cualquiera, la que sea, y que escaparía tanto a la unidad como a la identidad, no momentáneamente, sino por principio y de hecho. Inténtelo, y descubrirán rápidamente hasta qué punto este ejercicio se revela como una apuesta pura y simple. Me contentaré, para dejar adivinar la dificultad, con un breve recorrido léxico y conceptual sobre los avatares de la palabra “parcial” en la tradición psicoanalítica.

*A tout seigneur tout honneur*<sup>9</sup>, la palabra comienza su carrera con Freud. Desde 1903, en sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, la expresión “objeto parcial” (el objeto de la pulsión es obstinadamente afirmado como “cualquiera”, nunca “parcial”) no se encuentra ni una sola vez. Pero uno sí se choca bastante rápido con la expresión “pulsión parcial”, así bautizada en razón de la pluralidad y la disparidad de las “fuentes” pulsionales. La pareja conceptual que aquí opera es del orden parcial/global. Esas pulsiones son afirmadas así porque su destino las lleva a converger hacia la primacía de la fase fálica. Ellas son entonces “parciales” en la medida en que están a la espera de ese “todo” tan particular que es la genitalidad freudiana, la que no recae nunca sobre el objeto (no hay “objeto genital” en este contexto), sino sobre la puesta en juego en dos tiempos de la sexualidad que agrupa, en la pubertad, lo que hasta ahí quedaba separado, en la “parcialidad” atribuida a cada una de las fuentes.

Con un leve desplazamiento conceptual, la cosa se vuelve a encontrar unos veinte años más tarde en Karl Abraham cuando inventa el “amor parcial de objeto” (a veces también la “incorporación parcial del objeto”). Otra vez, el objeto en sí mismo no tenía nada de parcial; este adjetivo no calificaba sino la investidura de la cual este objeto era... objeto.

9 (NdeT) Expresión francesa que significa que a cada uno se le conceda lo que le corresponde.





Cuando Melanie Klein se apodera, desde la mitad de los años treinta, de esta expresión de Abraham para llevarla a la altura, esta vez, del “objeto parcial”, ella podía tener el sentimiento de estar en la misma línea de Freud-Abraham<sup>10</sup>. Y en efecto, aún cuando inventaba una noción inhallable como tal en Freud o en Abraham, volvía a poner en escena una oposición bien clásica, y sin dificultad mayor para el entendimiento, puesto que esos objetos parciales no lo eran más que a la espera de su integración en un todo, ese que la fase depresiva debía traer después de la prepotencia de los objetos parciales durante la fase esquizoparanoide.

Este linaje debía conducir, en su forma más degenerada, a la noción de “objeto genital”, tal como podemos leerla en un Bouvet, quien también cree marchar sobre las huellas de Freud, sin darse cuenta de que agregando una serie de pequeños desplazamientos, está empleando con relación a los objetos pulsionales el vocabulario y el razonamiento que Freud usaba para describir, él, la distribución de las fuentes pulsionales a lo largo de dos tiempos de la sexualidad humana. Así con Bouvet vemos entrar en escena el “objeto oral” y el “objeto anal”, “parciales” si se quiere, que invaden de manera despótica la vida del neurótico y de su entorno, para terminar dejando el lugar, con la ayuda del análisis, al “objeto genital” para que finalmente las armoniosas “relaciones de objeto” vean la luz.

Lacan tiró a quemarropa contra esta construcción edificante de una normalidad genital comprendida como rencuentro de una unidad – y por lo tanto de una identidad –, amenazadas por los mecanismos pulsionales. Todos los partidarios de una sexualidad “normal”, vengan de donde vengan, tienden a considerar las cosas bajo este ángulo. Pero tampoco alcanza con una barricada, por poderosa que sea, para establecer una posición estable. De ahí la necesidad, de al menos vislumbrar, lo que sería un “parcial” que no estuviera a la espera de algún “todo”.

La apuesta se sostiene en el hecho – no muy visible en un primer momento – que ese valor del parcial va a contracorriente tanto de esta cosa vaga que podríamos calificar “orden de la representación”, como de ese conjunto mucho mejor calibrado que llamamos la “estética trascendental” kantiana. En uno como en otro, va de

---

10 En su *Dictionary of Kleinian Thought*, (Free Association Books, London, 1989, p. 37), R. D. Hinshelwood escribe en el artículo “Part-Objects”: “The notion of part-objects came from Abraham [...] In Abraham’s theory part-objects represent a stage of ambivalence before the gaining of the post-ambivalence true object-love (whole objects)”.





suyo, va sin decirlo, que una parte es la parte de un todo, o la parte de una parte que pertenece, en un grado a precisar, a un todo<sup>11</sup>.

Lacan buscó varias veces dónde enganchar un objeto tan paradojal que no mantendría dialéctica alguna con ningún todo. Eso no se encuentra así nomás. De este modo lo vemos, durante un tiempo, indicar las relaciones posibles de este objeto con el *nihil negativum* kantiano, ese “nada” correspondiente al concepto de un objeto que no caería bajo ningún concepto (una figura plana determinada por dos rectas, escribió Kant); más tarde, el propio Lacan estudia de cerca un objeto matemático elemental, la serie de Fibonacci, en la medida en que esta está en el fundamento del número de oro, ese número que produce el mismo resultado tanto que divide la unidad como que se suma a ella.

No es este el lugar ni el momento para ir a inspeccionar de cerca esos elementos de saber, ellos mismos tomados en órdenes discursivos lo suficientemente restrictivos como para autorizar préstamos ingenuos. En cambio, es indispensable afinar esta dimensión de parcialidad que Lacan intenta localizar en primer lugar a nivel del objeto (a), objeto que debía revelarse cada vez más rigiendo el ser de aquel que se hacía su soporte – el analista –, forzándolo a estrategias bizarras para no contradecir demasiado rápido eso que habría puesto en obra. Es acá que la iniciación, tan molesta debido a su aspecto resbaladizo, tan difícil de separar como imposible de aceptar, la iniciación viene a tendernos una última mano dado que se ocupa al mismo tiempo del elemento – que pretende modificar de manera durable – y del grupo al cual apunta a agregarle el nuevo elemento así transformado. Esa función dual la instala bajo una luz prometedora en cuanto a la parcialidad *que ella está destinada a rechazar*.

La iniciación viene entonces a efectuar una operación, al menos tan lógica como sociológica, completando una unidad en el mismo tiempo en que hace pertenecer esta unidad a un grupo. Es en el mismo paso que con ella la identidad y la pertenencia son afirmadas, sea de lo que sea que estén hechas, por otra parte. Ahora bien, es posible que sean incapaces de definirse la una sin la otra; en otros términos, que encontrar su identidad implique siempre pertenecer. Empezando por el famoso “sí mismo” que requiere, explí-

11 En el orden matemático, es posible liberarse un poco de ese lastre, y concebir un “local” que no posee ni unidad intrínseca ni mantiene relación de definición con ninguna unidad (la noción de “múltiple puro” puesto en juego por A. Badiou en *El ser y el acontecimiento* es un muy buen ejemplo – cf. *Su Meditación tres*). Pero este orden matemático sólo logra esa pequeña hazaña porque no está muy preocupado por saber de qué habla. Podemos imaginar que una vez liberado de la ansiógena cuestión de la referencia, se está más cómodo para aventurarse hacia un “parcial” que sea un parcial. Al contrario, a partir del momento en que se quiere hablar *de* algo, uno se encuentra salvajemente colocado frente al hecho de que las partes no son más que las partes de un conjunto más vasto.

1 4 1



n

á

c

a

t

e

citamente desde John Locke, la identidad personal. Es en la medida en que, en esta perspectiva que se volvió tan común, uno se concibe como perteneciendo a sí mismo, que uno llega a la idea de ser “alguien”, y no polvo indefinido de elementos indiscernibles.

Es fácil mostrar que los mejores manuales de lógica –que tienen una necesidad imperativa de diferenciar claramente *pertenencia* e *inclusión*– están en la casi imposibilidad de definir claramente la primera: ¿qué es la pertenencia de un elemento cualquiera a una clase, empezando por su clase unitaria, esa de la cual es el único elemento? Y bien, como eso va de suyo, todo el mundo lo entiende, es inútil explicarlo: pertenecer es hacer parte, por donde vemos volver la puesta en juego del parcial como puro y simple elemento del todo que le devuelve en eco, su unidad intrínseca. Evidentemente, en cuanto este elemento es así puesto en clase, esta clase, ella, *se incluye* en todas las otras clases que se quiera, puesto que se acaba de afirmar su naturaleza de “parte”, y se disparan entonces las lógicas de ahí en más, ¡la de las clases y las otras también! Salvo que para el espíritu desconfiado, queda para siempre oscuro el gran misterio de la pertenencia.

Es eso que la iniciación viene a envolver con sus grandes aires de secreto inviolable: puesto que en el fondo, nadie está ni cerca de saber qué es la pertenencia a sí mismo; él se enterará perteneciendo como otros a la misma cosa que ellos. La iniciación se desliza así provechosamente en casi todos lados, en la medida en que pretende saber lo que es la pertenencia, dado que la pone en juego. Es al menos así que puede comprenderse por qué el más mínimo procedimiento de admisión se rodea tan fácilmente de un aire de misterio con el cual todos fingen divertirse, pero al cual cada uno gusta ceder, en secreto, en su pequeño fuero interior. El pequeño estremecimiento de la admisión (o también de cualquier *coming out*, sea analítico, gay, político o más comúnmente amoroso) recubre un serio problema lógico: ¿cómo una multiplicidad imposible de cercar termina por hacer uno, acepta pertenecer a una unidad cualquiera, empezando por esa que consiste en aparentar reconocérsela, cuando no la tiene? ¿Qué es ese *bluff* lógico por medio del cual hay que anticipar el uno para que simplemente sea, autorizando así los cálculos?



Casi como con el dedo, se toca acá por qué es de extrema necesidad que un procedimiento de iniciación desarrolle un fin, y un fin situable: porque ella apunta a producir una unidad. En la opacidad de la pertenencia que pretende establecer, inventa en un mismo paso, la unidad del grupo y la unidad del elemento que viene a agregarle; y eso gracias a la noción tan natural, tan banal, de “parte”. Está por lo tanto excluído que ella se prolongue indefinidamente, y esa es una de las razones del conflicto salvaje y silencioso que opone el verbo “iniciarse” al concepto de “iniciación”: ahí donde el primero se permite la licencia de una progresión indefinida en el campo de los saberes o de los saber-hacer, el segundo corta en seco instaurando una ruptura cualitativa que permite coagular unidad y pertenencia, y *ese precipitado se llama identidad*.

He ahí por qué el “parcial” inventado por Lacan viene a hacer obstáculo a que el análisis didáctico vire plenamente a la iniciación, aunque pueda hacerlo en todo momento dado que nada garantiza la existencia de una distancia estable entre “parcial” y “parte”. Es en esta distancia, ¡oh! cuán enunciativa, que se juega sin cesar el viraje del análisis a una iniciación. Entre ese parcial y la parte, sopesando muy atentamente las palabras, se puede ya decir, sí, que “no hay relación”. La parte está en relación con el todo: es su función, es de lo que se ocupa. Pero el parcial no sostiene su cualidad más que en el negarse a la puesta en relación; y en ese sentido es, en la enseñanza de Lacan, la primera etapa del “no hay relación sexual”, enunciado del cual estamos todavía lejos de haberle tomado la medida<sup>12</sup>, pero es necesario empezar a reconocer que fue forjado con la ambición de que ninguno lo logre. Ese “ninguno” englobando –¿sorpresa?– a aquel mismo que lo profirió<sup>13</sup>.

Sin su sesgo conclusivo que suelda pertenencia e identidad, la identidad ya no es gran cosa, pero ese “no gran cosa” es precisamente lo que importa cuando uno quiere inclinarse más sobre las raíces de la unidad que sobre la unidad misma; cuando uno no se da más el lujo exorbitante, reflexionando, que consiste en pensar que para estar *incluído* en una situación, es necesario primero *pertenecer* a sí-mismo. Moraleja: el *coming out* quizás no es lo que se cree,

12 (NdeT) La publicación del libro de Guy Le Gaufey, *Le pastout de Lacan*, ha permitido avanzar mucho más de lo que era posible entonces. *Le pastout de Lacan*, EPEL, París, 2006. *El notodo de Lacan*, Ediciones Literales-El cuenco de plata, Buenos Aires, 2007.

13 Véase la sesión del 9 de enero de 1979, donde Lacan, a su manera, hace explícitamente la confesión.



ni para el analista ni para el gay. La dimensión de "salida"<sup>14</sup> del *closet* es sin dudas una prueba para cada uno de los dos, y yo no busco en ningún caso minimizarla. ¿Pero qué es lo que queda agazapado en el *closet* una vez que se salió? Los estadounidenses llaman *closet drama* a una obra de teatro escrita no para ser puesta en escena, sino para ser leída.



14 Aceptación que se le da fácilmente en francés (y también en español) al "out" inglés. Es cierto que el "coming out" inglés juega con los dos sentidos del "out" : el que se encuentra en *to speak out* (hablar claramente y distintamente), y el que designa un exterior.